

## SEMIOCAPITALISMO Y TOTALITARISMO MEDIÁTICO (EL CASO ITALIANO)

FRANCO BERARDI

### I. VENENO SEMIÓTICO

Una tarde de octubre de 1977, mientras los fuegos de las revueltas estudiantiles se estaban apagando en Italia, Silvio Berlusconi se citó con Mike Buongiorno, el hombre que ha dominado, con su presencia en la pantalla, la historia de la televisión italiana. Cenaron juntos en un restaurante milanés y, de sus sencillas inteligencias, nació una extraordinaria máquina de lenguaje capaz de hacer penetrar una biopolítica mutante en el cerebro italiano. Desde aquel momento, el capital berlusconiano se retroalimenta de manera perfecta: tras haber construido su base financiera sobre los bienes inmobiliarios, invierte en publicidad, en aseguradoras, en el fútbol y en la televisión.

Para poner en movimiento este enorme conglomerado, Silvio Berlusconi, perteneciente a la logia secreta P2 y amigo de personajes con fama de mafiosos como Marcelo Dell'Utri, viola muchas de las leyes de la República de Italia: falsos balances, corrupción de jueces, conflictos de intereses, etc. Durante veinte años esquivó con destreza a jueces, a periodistas y a instituciones que lo acusan de no respetar la ley. Pero ¿qué es la ley? Efecto del lenguaje que se disuelve cuando cambia el sentido común. Y el sentido común ha cambiado, porque la máquina mediática berlusconiana ha inoculado en él durante treinta años sustancias lingüísticas perfectamente dosificadas que han producido un sonido blanco capaz de enmascarar todos los demás.

Lejos de ser un fenómeno excepcional o una anomalía transitoria, el fenómeno Berlusconi ha sido, desde los años ochenta y noventa, un signo característico de la época venidera, de un tiempo que, de hecho, ya está aquí. En esta época se ha construido una infraestructura de ingeniería de la psicofera capaz de modular los estados de ánimo y de producir opinión, pero sobre todo capaz de destruir la sensibilidad psíquica y la sociabilidad empática de las nuevas generaciones, inducidas a pensar que el flujo ininterrumpido de la televisión es “el mundo” real.

El capitalismo contemporáneo puede ser definido como semiocapitalismo porque la mercancía tiene un carácter semiótico y porque su proceso de producción se identifica cada vez más con la elaboración de signos-información. En la esfera del semiocapital, la producción económica cada vez está más ligada a los procesos de intercambio lingüístico, como señalan Christian Marazzi y Paolo Virno.

Gracias al lenguaje podemos crear mundos compartidos, formular enunciados ambiguos, elaborar metáforas, simular acontecimientos o simplemente mentir. La semieconomía es creación de mundos, de castillos de metáforas, de imaginaciones, de previsiones, de simulaciones y mentiras. ¿Qué país se puede insertar mejor en un sistema productivo basado en la palabrería, el espectáculo y la exhibición que el país de la comedia del arte?

## 2. EN EL REINO DE LA ALEATORIEDAD

La economía industrial fordista se sustentaba en la producción de un valor que se podía medir y cuantificar objetivamente sobre la base del tiempo de trabajo socialmente necesario. La economía postindustrial se sustenta en el intercambio lingüístico, en el valor de la simulación. La simulación se convierte en un elemento decisivo en la determinación del valor. Y cuando la simulación se convierte en el centro de los procesos de producción, la mentira, el engaño y la estafa pasan a formar parte de la vida económica, no ya como transgresiones excepcionales de la norma sino como la regla en la que se sustentan la producción y el intercambio.

En la esfera del semiocapital rigen leyes que no se parecen a las leyes de la época gloriosa de la industria, relaciones que no se parecen a la disciplina productiva, a la ética del trabajo y de la empresa que dominaban el mundo del capitalismo industrial clásico, aquel capitalismo protestante que Michel Albert define como “renano” (Albert 1991). En los últimos decenios se ha producido una transformación profunda que se inicia en el momento en el que el circuito financiero se separa de la economía real.

El acto inaugural de este proceso de separación fue la arbitraria decisión tomada por Nixon de abandonar el sistema establecido en Bretton Woods. En 1971, el presidente americano decidió rescindir la regla de la conversión del dólar en oro y proclamar así la autorreferencialidad de la divisa americana. A pesar de Vietnam, la poten-

cia americana seguía teniendo la credibilidad y la fuerza necesarias para imponer sus decisiones como si fuesen objetivas e irrefutables. Hoy en día, aquella fuerza y aquella credibilidad se están disolviendo, el valor del dólar se hunde y, a causa de ello, la economía de la simulación entra en una fase de inestabilidad.

Desde el momento en que Nixon le comunicó al mundo la decisión de liberar el dólar de cualquier vínculo de objetividad, el dinero se convirtió irremediamente en un puro acto de lenguaje. No es ya un signo referencial que alude a un cúmulo de mercancías, a una cantidad de metal dorado o a cualquier otro dato objetivo, sino un factor de simulación, un agente capaz de poner en movimiento procesos arbitrarios e independientes de la economía real. Por eso el semiocapital es el sistema de la plena indeterminación: la financiarización y la inmaterialización han llevado a las relaciones entre los actores sociales una imprevisibilidad y una aleatoriedad que no se había dado nunca antes en la historia de la economía industrial.

En la esfera de la producción industrial fordista, la determinación del valor de una mercancía se podía basar en un elemento real: el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir dicha mercancía. Pero en la esfera del semiocapital esto ya no es válido. Cuando el factor principal de la producción de mercancías es el trabajo cognitivo, el trabajo de la atención, de la memoria, del lenguaje o de la imaginación, el criterio de valoración deja de ser objetivo, ya no puede ser cuantificado sobre la base de un referente establecido. El tiempo de trabajo ha dejado de ser útil como unidad de medida absoluta.

En el momento en que los referentes son aleatorios, la arbitrariedad se convierte en ley: la mentira, la violencia, la corrupción dejan de ser excruciantes de la vida económica y tienden a convertirse en el alfa y omega de la gestión cotidiana de los negocios. Bandas de criminales se hacen de manera decidida con los puestos de poder. El gobierno de la *mediosfera*, el predominio en la producción de software y el control de la información financiera son las fuentes del poder económico. Y el control de estas fuentes de poder no se establece con las viejas normas de la buena competencia, según las cuales gana el que mejor gestiona los recursos disponibles, sino con la mentira, el engaño, la guerra. No existe ya ningún poder económico que no sea criminal, que no viole los derechos humanos fundamentales, el primero de todos, el derecho a la educación, a la instrucción, al autoconocimiento, el derecho a una infosfera que no esté contaminada.

### 3. EL ALMA, PUESTA A TRABAJAR

En la esfera del semiocapital se pone a trabajar el alma. Utilizo la palabra “alma”, en un sentido que no es nada espiritual, para referirme a la condición en la que un cuerpo puede ser feliz o infeliz, y también a la condición en la que puede realizar una acción productiva, una acción social. Aquello de lo que es capaz un cuerpo es su alma.

Foucault narra la historia de la modernidad como disciplinamiento del cuerpo, como construcción de los estatutos y dispositivos que deben someter el cuerpo a las máquinas de producción social. De esta manera describe los procesos de subjetivación que acompañan la formación de la sociedad industrial. La explotación industrial atañe a los cuerpos, a los músculos, a los brazos. Pero esos cuerpos no valdrían nada si no fuesen móviles, inteligentes, reactivos, en una palabra, animados. En la época contemporánea, la explotación se ejercita esencialmente sobre el flujo semiótico que el tiempo de trabajo humano es capaz de emanar. No ya el cuerpo animado, sino la misma alma, se convierte en objeto de explotación económica.

Continuar hoy el trabajo genealógico de Michel Foucault significa desplazar el centro de atención teórica hacia los dispositivos de programación del lenguaje, hacia los automatismos de la reactividad mental, porque a través de ellos se controla el trabajo mental en la Red.

La producción digital es, esencialmente, “emanación” semiótica. La innovación biosocial más importante de los últimos decenios es la red bioinformática que se ha creado gracias a la digitalización. Porque la inserción de la Red en los circuitos lingüísticos humanos produce efectos de tipo subjetivo que afectan el alma, a la mente que se siente a sí misma.

La aceleración de la infósfera conlleva un cambio de velocidad en la elaboración lingüística y en el ritmo existencial: se trata de un verdadero proceso de reformateado de la mente humana que produce efectos psicopatológicos. La explosión del sector psicofarmacológico y la explosión del mercado de las drogas son dos funciones esenciales y naturales de este proceso de mutación.

El frenesí que se desencadenó a mediados de los años noventa en el sector financiero, en el consumo y en los estilos de vida fue también efecto del consumo sistemático de fármacos euforizantes y de sustancias para la neuroprogramación. La estimulación del alma era parte integrante de la expansión económica de la economía virtual. La mayor parte de la población de todos los países del mundo comenzó a ser sometida a una sobreexcitación nerviosa ininterrumpida, hasta llegar al colapso evocado como por exorcismo por la leyenda urbana del *millenium bug*. En espera de la medianoche del año 2000, el *millenium bug* catalizó la alerta apocalíptica. Pero el apocalipsis no llegó.

En abril de 2000, cuando el peligro fantasmal del *millenium bug* se había disuelto y todos habían suspirado de alivio, llegó el verdadero colapso: la crisis del valor financiero de los títulos dot.com. El psiquismo colectivo de la *new economy* ya había intuido la proximidad de aquel desplome. En 1999, Alan Greenspan había hablado de “exuberancia irracional de los mercados”, y sus palabras habían brindado un diagnóstico más clínico que financiero. La exuberancia era efecto de las drogas, del agotamiento nervioso de una generación de trabajadores cognitivos, de la saturación de la atención que llevaba a dicha generación a los límites del pánico.

A partir del año 2000 se inicia el *crash* Prozac. En los primeros años del nuevo milenio se había glorificado el concepto de la megafusión: American Online y Time Warner habían unido sus tentáculos para infiltrarse meticulosamente en la mente planetaria. En los meses siguientes, las empresas de telecomunicación europeas invirtieron sumas fabulosas en los sistemas de telefonía móvil. Fueron los últimos coletazos antes de que comenzase la caída que arrastró a Worldcom, Enrom y a sectores enteros de la *net economy*. El desplome financiero supuso la manifestación de un desplome psíquico que arrastró a un ejército de trabajadores cognitivos cada vez más aquejados por formas de psicopatía provocadas por el estrés.

El apocalipsis que había faltado a la cita la noche de fin de año de 2000 llegó una mañana de septiembre, veintiún meses más tarde. Como es propio del apocalipsis, aquel día reveló el nuevo mundo. De repente descubrimos que el mundo estaba atestado de máquinas de guerra diseminadas por todos los rincones y que el entero universo ético y político que se definía como universalismo humanista moderno se había disuelto, anulado, destruido.

#### 4. LA ANOMALÍA ITALIANA EN EL CONTEXTO DEL SEMIOPCAPITAL

Definir el régimen que se ha instaurado en Italia desde 1994 (año de la primera victoria de *Forza Italia*, el partido televisivo-futbolístico) no es sólo una cuestión nominal. Al igual que ha sucedido en otros momentos de la historia del siglo XX, en los años de Berlusconi se ha manifestado una particular anomalía italiana que hace que el país funcione como laboratorio, como lugar de experimentación de tendencias socioculturales. Ya sucedió en 1922, cuando Italia se convirtió en el laboratorio de experimentación de las técnicas de gestión populistas y totalitarias que adoptaron el nombre de fascismo.

En los años setenta también se detectó una situación tan anómala como ejemplar: el 68 estudiantil originó una larga fase de insubordinación social y de autonomía del trabajo que transformó toda la sociedad. Y ante aquella autonomía social, el poder respondió con la formación de un sistema autoritario y cerrado basado en la alianza de las dos principales iglesias del país: la católica y la estalinista. Fue la época del compromiso histórico y de la represión judicial de los disidentes. El cierre político del régimen y la represión de los movimientos sociales provocó el endurecimiento de los grupos armados y alimentó una ola de terrorismo que terminó con el secuestro y asesinato de Aldo Moro.

Pero ¿en qué consiste hoy esta anomalía italiana? ¿En qué sentido es Italia un laboratorio de nuevas formas de poder? ¿Tiene que ver, como sugieren muchos signos de la vida política italiana, con una reedición del régimen de Mussolini?

No, no se trata de fascismo. Este régimen no se basa en la represión del que disiente ni en la imposición del silencio, sino todo lo contrario: se basa en la prolifera-

ción de la charla, en la irrelevancia de la opinión y del discurso, en la banalización y ridiculización del pensamiento, del desacuerdo y de la crítica. Es cierto que ha habido –y habrá cada vez más– casos de censura, de represión directa de la crítica y del libre pensamiento, pero en conjunto son fenómenos marginales con respecto al fenómeno principal, que no es otro que una inmensa sobrecarga informativa y un verdadero asedio de la atención que van acompañados, naturalmente, por la ocupación por parte de la empresa del Jefe de las fuentes de información.

En ningún caso se puede comparar la actual organización social del país con la estructura social, mayoritariamente agraria y rural, de la Italia de los años veinte. En los primeros decenios del siglo XX, el modernismo futurista de los fascistas introdujo elementos de innovación y de progreso social, mientras que hoy en día el régimen de *Forza Italia* –actualmente *Il Popolo della Libertà*– no contiene ningún germen de progreso y su política económica se basa en la dilapidación del patrimonio acumulado en el pasado. Si bien el fascismo inició un proceso de modernización productiva del país, el régimen de *Forza Italia* ha dilapidado los recursos acumulados durante los años del desarrollo industrial, al igual que hizo Carlos Menem en la Argentina en el decenio que precedió al derrumbe de su economía y de su sociedad. Hay que decir que este carácter dilapidador es perfectamente coherente con la aleatoriedad que se manifiesta en la esfera del semiocapital.

Para entender la situación específica de la Italia de estos años es necesario, por un lado, buscar aquello que la ha diferenciado del resto de los países europeos durante toda la época moderna y, por otro lado, entender la particularidad postmoderna de la mutación italiana en el contexto de una transformación que afecta al sistema productivo y a la infósfera planetaria. Para entender los rasgos distintivos italianos, debemos remitirnos a la Contrarreforma, que es la que ha instituido las diferentes velocidades con las que el cristianismo se ha dirigido hacia la colonización del mundo y hacia la construcción del capitalismo burgués moderno.

La temporalidad de los países de la Contrarreforma (Italia, España, Austria y Polonia) es distinta a la de los países protestantes.

##### 5. DESREGULACIÓN NEOLIBERAR Y LUMPEN-BURGUESÍA

Como enseña Max Weber, el capitalismo moderno nace cuando los ciudadanos son conscientes de que su tiempo no les pertenece a ellos, sino a la comunidad. Con esto se crea un egoísmo altruista que Adam Smith define como una mano invisible que regula el mercado. El que sea capaz de tener una empresa podrá gozar de posiciones privilegiadas, y el que no sea capaz tendrá que ser trabajador dependiente. Pero todos deben sentirse partícipes de un objetivo común: hacer crecer el capital y proteger la comunidad. El sentimiento religioso y civil ligado al protestantismo creó las condiciones culturales necesarias para que se produjesen la aceleración de la dinámica

económica y la integración civil de la comunidad. Las áreas de Europa que se quedaron al margen de la Reforma, como Italia, España o Portugal, han pagado posteriormente esta particularidad religiosa y cultural con retraso civil y económico, desorden político y escasa cohesión nacional.

Para Max Weber, el capitalismo se basa en algunas reglas directamente relacionadas con la ética protestante:

Piensa que el tiempo es dinero. [...] Piensa que el crédito es dinero. [...] Piensa que el dinero [...] puede producir dinero, la descendencia puede producir todavía más y así sucesivamente. [...] Quien mata una cerda, aniquila toda su descendencia [...]. Quien malgasta una pieza de cinco chelines, asesina todo cuando hubiera podido producirse con ella [...]. Piensa que, según el refrán, un buen pagador es dueño de la bolsa de cualquiera (Weber 1904-05 [1969]:42-43).

Son las normas en las que se basa la acumulación de valor y el aumento de la productividad. Pero, sobre todo, son las normas en las que se basa la confianza, elemento decisivo de la economía burguesa moderna. En la esfera postfordista del semiocapital, el esquema weberiano del desarrollo se agota: ninguna de las normas que garantizaban la confianza burguesa siguen siendo válidas para el capitalista post-burgués, que sabe que el crédito no depende de la confianza, de la honestidad y de la competencia, sino de la amenaza, de la violencia, de la protección de la familia y de la mafia. No se trata de una caída temporal del rigor moral o de una ola de corrupción. Y tampoco se trata de un fenómeno de retraso cultural, sino de un cambio de la naturaleza profunda del proceso de producción. La determinación del valor ha perdido su base material, objetiva —el tiempo de trabajo socialmente necesario, como dice Marx—, y ahora depende del juego de simulación lingüística, de los *media*, de la publicidad, de la producción semiótica.

De alguna manera, la perspectiva se invierte: es precisamente la especificidad contrarreformista, que había hecho de Italia un país atrasado, la que hace ahora de ella un laboratorio de las formas del poder postmoderno. Precisamente lo que había hecho que Italia estuviese en la retaguardia del desarrollo capitalista moderno se convierte en el origen de su capacidad de anticipación. Precisamente porque impera la cultura inmoral de la prevalencia de la familia sobre el interés general, en los años noventa la Italia de Berlusconi se convierte en el laboratorio cultural y político del capitalismo criminal hiperliberalista. Siempre se ha pensado que la escasa penetración de la autoridad estatal en los pliegues de la sociedad y de la economía constituía un retraso y una debilidad, pero la consolidación del neoliberalismo ha creado una situación en la que los intereses privados, los intereses de la familia y del clan prevalecen sobre los intereses públicos. En nombre de la ideología de la libre empresa y del libre mercado, se ha abierto el camino a una especie de privatización del Estado. La máquina estatal no se ha redimensionado, sino que se ha puesto al servicio de los intereses de la fami-

lia. Este proceso no se ha producido sólo en Italia, pero en este país las condiciones culturales estaban especialmente bien predisuestas.

La desregulación económica ha liberado inmensas energías productivas y al mismo tiempo ha debilitado o destruido las defensas que la sociedad moderna había construido para protegerse de la agresividad predadora del capital. La burguesía moderna de ética protestante había mitigado el impulso devastador implícito en la lógica del máximo beneficio porque la ética protestante integraba el individualismo característico del sentimiento de propiedad con un sentido fortísimo de la comunidad, con el respeto a la ley secular y también con el respeto a un Estado que pertenece a todos.

La ética burguesa de la que habla Max Weber es la ética del capitalismo propietario, que busca su beneficio en el aumento de la propiedad, en el buen funcionamiento de la administración y en la utilidad de los productos y servicios que es capaz de ofrecer a la comunidad. Frente a ello, en el sistema postindustrial, los intereses del capitalista ya no son identificables con los del propietario. Desde el momento en que es la forma financiera la que domina, los conceptos de propiedad y enriquecimiento se separan. Si el capitalismo propietario se identificaba con una imaginería gótica y severa, el capitalismo financiero presenta semblanzas barrocas. El espíritu barroco de la Contrarreforma, que había paralizado a las sociedades meridionales durante todo el siglo XX, deja de ser un freno a partir de los años ochenta.

Pero la izquierda no se ha apercebido de ello y, por el contrario, ha terminado basando toda su política en un moralismo reaccionario que la lleva a representarse de manera nostálgica en la cultura burguesa del pasado. En los años setenta, el Partido Comunista italiano se opuso violentamente a la insubordinación obrera al considerarla una forma de extremismo irracional. En los años ochenta hizo de la cuestión moral el centro de su identidad, hasta el punto de llegar a separarse de los estilos de vida que se expandían en los nuevos guetos productivos. Entre los años ochenta y los noventa se formó una amplia clase sin raíces burguesas que creció económicamente gracias a la ilegalidad sistemática, a la evasión fiscal, al empleo de la economía sumergida, al pago de comisiones e incluso a la relación directa con la mafia. La esfera pública fue devaluada y atacada progresivamente. El que no resultaba eficiente en esta competición sin reglas era marginado, agredido, culpabilizado. Los sumarios de *Tangentópolis* no han acabado en absoluto con esta base cultural, que es indisoluble de la ideología neoliberal: lo único que han hecho ha sido acelerar el proceso de transformación del poder y llevar a la clase criminal al gobierno. Tras los años ochenta y noventa, esta comunidad inmoral ha pasado a interpretar el papel de la nueva clase empresarial. Podríamos llamarla *lumpen-burguesía*.

El espíritu del capitalismo neoliberal ya no se basa en la ética protestante porque han cambiado tanto las formas de producción como las relaciones sociales que se derivan de ellas. El capitalista se comporta cada vez menos como propietario y como empresario, porque lo normal es que sólo sea dueño de unas acciones que se pueden

llevar de una empresa a otra. La valorización del capital cada vez depende menos de la competencia productiva y más de la competencia puramente especulativa. La corrupción ya no es una excrescencia casual, y se convierte en un fenómeno intrínseco de una economía dominada por sistemas altamente financiarizados.

El empresario industrial estaba ligado a su inversión de una manera concreta, porque su fortuna dependía de su capacidad de responder a las exigencias del mercado a partir de la mejora del producto, pero la nueva clase capitalista globalizada no tiene ningún vínculo con la productividad de sus inversiones. Llevar una inversión de capitales de Brasil a Tailandia es un gesto fácil y puramente virtual que no tiene en cuenta las consecuencias concretas, los efectos sociales, el desempleo que provoca o los cataclismos que puede desencadenar.

El burgués moderno está ligado a su empresa porque las máquinas, las naves, los trabajadores de la fábrica son propiedad suya. El capitalismo virtual separa la propiedad de la empresa, la empresa se financiariza, se desterritorializa y se inmaterializa. La corporación globalizada puede cambiar su inversión de lugar en un instante sin rendirles cuentas a los sindicatos, a la comunidad, al Estado. El capital ya no asume responsabilidades sociales y a veces, como vimos en el caso Enrom, tampoco en lo que respecta a sus accionistas.

La ética protestante ya no es rentable. Es más eficaz la ética del compromiso mafioso, de la amenaza y del intercambio ilegal. En el proceso de globalización, Italia no se ha visto desfavorecida por la ilegalidad y la inmoralidad de su nueva clase dirigente, como advierte la izquierda moralista. Al contrario, Italia se ha convertido en el país en el que mejor se puede desarrollar la dictadura neoliberal.

*Traducción del italiano: María Begoña Sánchez Galán*

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALBERT, M. (1991) *Capitalismo contra capitalismo*. Barcelona: Paidós, 1992.  
 WEBER, M. (1904-1905) *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*. Barcelona: Península, 1969.